

grada congregación lo censura y lo tacha. Natalis dice que Enrique IV no fué depuesto, sino únicamente suspenso por el concilio romano de 1076. Es un hecho, y los censores lo borran de la historia, sin duda porque no se podría deducir el derecho de la Iglesia para deponer á los reyes. Hasta los infalibles son censurados por los ultramontanos modernos. En efecto, el padre Alejandro dice que Gregorio VII se apoyó en la autoridad del concilio al deponer á Enrique IV: son las propias palabras de Gregorio; y los censores romanos las tachan, porque el poder supremo pertenece al papa solo, sin concurso del concilio. ¡Hé ahí, pues, un papa, el héroe del ultramontanismo, censurado por la sagrada congregación; y el historiador lo es por haber consignado un hecho; y lo es el hecho mismo por faltar á la reverencia del idolo que reina en el Vaticano! (1).

¿Dónde se detendría la sinrazón romana? Si yerran los hechos en cuanto se hallan en oposición con las usurpaciones pontificias, habrá que suprimir toda la historia á partir de la venida del Cristo. Ese sería el ideal del desatino. Pues bien, hasta ahí llegan los censores romanos. La guerra del sacerdocio y el imperio es el suceso más culminante de la edad media. ¿Se concibe una historia que considerara como no ocurrida aquella lucha gigantesca, y que no hablara de ella, como si jamás hubiera existido? Los censores romanos tachan, en efecto, todo lo que dice el padre Alejandro de la lucha de Federico II y el papado. ¿Qué significa esto? El historiador se limitó á referir los hechos; son, pues, los hechos lo que precisa tachar. La historia es, en efecto, quien yerra. Ella nos dice que una parte del clero alemán se decidió por el emperador contra el papa. ¡Qué injuria para la santa sede! Ella nos dice, además, que los grandes vasallos del reino de Francia se pronunciaron por Federico II, y que el mismo San Luis no hizo caso de la excomunión ni de la deposición del emperador. ¡Qué ultraje para los vicarios de Dios! En vano se defiende el padre Alejandro diciendo que si hay injuria y ultraje, no es él el culpable; en vano dice que ha transcrito textualmente los testimonios no contradichos é incontestables de los contemporáneos (2); son los hechos mismos los que

(1) NATALIS, *Historia ecclesiastica*, t. VI, p. 684, 690.

(2) NATALIS, *Historia ecclesiastica*, t. VII, p. 390.

yerran, y el dominico es culpable de haberlos referido. ¿No es esto proclamar que el buen historiador católico necesita mentir para la mayor gloria de Dios, es decir, para la gloria del papa, que es Dios?

Acaso se nos acusará de emplear un rigor excesivo en nuestras apreciaciones; y, sin embargo, no es todo lo que hay que decir. Hay en la historia de la Iglesia una mancha indeleble: los que se llaman ungidos del Señor, los órganos de la verdad eterna, han forjado falsas actas para acreditar su titulado poder divino. ¡Un poder divino fundado en falsedades! ¡Falsarios los órganos de Dios! Podrían alegar cuantas circunstancias atenuantes se quiera; podriase invocar la ignorancia ó esa especie de buena fe que excusa los fraudes piadosos; pero siempre existirá la falsificación, fabricada por gente de iglesia, que la Iglesia ha explotado mientras la estupidez humana lo ha permitido; y si hubiera dependido de la Iglesia, las falsas decretales, obras de un falsario, pasarían hoy todavía por inspiración del Espíritu Santo, y la donación de Constantino aseguraría por siempre á los papas el imperio del mundo. Cuando Natalis escribió su historia, la falsedad era reconocida por los defensores de la Iglesia, que sólo ponían su empeño en disminuir la importancia del fraude. ¿Por qué, pues, tacharon los censores romanos las disertaciones en que el padre Alejandro resumía los trabajos de la crítica con una gran moderación, según su costumbre? Los inquisidores emplearon un celo extraordinario en defender la falsedad. "Toda la disertación, dicen, hasta en sus menores detalles, está condenada y es execrable," (1). ¡Al fuego, pues, los escritos en que se osa decir la verdad sobre los falsos títulos de la Iglesia romana! El fraude es provechoso á las pretensiones de Roma: pues ¡viva el fraude! La apología del crimen es más vergonzosa que el crimen mismo; y eso es, sin embargo, lo que hicieron los censores romanos en interés de la dominación pontificia.

No hemos consignado más que las contradicciones entre la inmutabilidad católica y los hechos referidos por el padre Alejandro, y aun no las hemos expuesto todas. La repugnancia y el enojo se apoderan del historiador cuando se halla en presencia de hombres que de propósito deliberado quie-

(1) NATALIS, *Historia ecclesiastica*, t. III, p. 218; t. IV, p. 323.

ren destruir la verdad favoreciendo el error y aun el fraude en interés de su dominación. Y esos hombres tienen, sin embargo, la misión oficial de mantener la verdad contra los escritores que la alteran. ¡Qué perversión del sentido moral! ¡Qué aberración del espíritu! Lo que hemos expuesto basta á nuestro fin. Con Natalis nos hemos mantenido dentro del terreno de la ortodoxia católica, y aun así hemos encontrado á cada paso desmentida por los hechos la pretendida unidad y la pretendida inmutabilidad. ¿Qué sería si examináramos la historia de la Iglesia como críticos y libres pensadores? No halláramos más que contradicciones, porque el principio mismo de la inmutabilidad es una contradicción. Vamos á seguir á la Iglesia en otro terreno, que le es igualmente desfavorable y en el cual no se trata ya sólo de su ambición, sino que está comprometido el porvenir de la humanidad. La Iglesia se envanece de su inmutabilidad como de un don divino, y sus defensores dicen que sólo ella ofrece la ventaja de la certidumbre en materia de fe. Pues bien, vamos á ver que este precioso don de la inmutabilidad compromete juntamente la religión y la existencia de la Iglesia.

§ III. — El dogma inmutable y la vida real.

I

El dogma es la expresión de las ideas, de los sentimientos y de las necesidades de la humanidad. Poco importa que la religión sea ó no revelada; siempre necesitará para dirigir á los hombres por el camino de la salvación estar en armonía con el grado de civilización que han alcanzado, sin lo cual ni siquiera sería comprendida. Así lo reconocieron los Padres de la Iglesia. Ahora bien, las ideas y los sentimientos cambian, y esto es también un hecho incontestable y que han hecho igualmente constar los Padres de la Iglesia. ¿Cuál es la ley que preside á estos cambios? Hoy todo el mundo responde: el progreso. Ya habían explicado los Santos Padres por el progreso que desde Moisés se había cumplido la necesidad de una nueva revelación; no hacemos, pues, más que continuar este orden de ideas al decir que si la humanidad es progresiva, es imposible que el dogma sea inmutable.

Supongamos por un instante que exista un dogma inmutable; sería preciso también que la vida

que está destinada á regir fuese inmóvil. Pero una vida inmóvil es una vida que se paraliza, no es ya vida, sino muerte, y es peor que la muerte, porque la muerte no es más que la transición de una existencia á otra; sería, pues, la nada absoluta, y para la nada no se necesita dogma. La religión ha sido siempre llamada la ley de vida, y es de esencia en una sociedad que vive, cambiar, adelantar, progresar. Si, pues, continuando nuestra suposición, la religión se llamara inmutable, y realmente lo fuera, ¿qué sucedería? Sucedería necesariamente que, avanzando siempre la sociedad, se modificarían incesantemente las ideas y los sentimientos, mientras la religión, quedando fija é inmóvil, se haría cada día más extraña á los hombres, y acabaría por hallarse en completa oposición con sus necesidades. Consecuencia fatal de esta contradicción sería que los hombres se alejarían de una religión que no diría ya nada ni á su alma ni á su inteligencia, y la religión perecería si se obstinara en su inmutabilidad, y la sociedad quedaría sin religión.

Nuestra suposición es una triste realidad: el catolicismo es esa religión inmutable que hemos supuesto, aunque su inmutabilidad no es tan absoluta como sus defensores pretenden. El dogma católico ha cambiado y se modifica todavía; pero estos cambios son, por decirlo así, involuntarios, forzados; no pueden ser bastante importantes para que la religión romana se haga una religión progresiva. Que las modificaciones que experimenta el dogma ortodoxo se hacen á pesar de la Iglesia, es cosa evidente, porque la Iglesia misma las niega y hasta los que son novadores tienen la pretensión de no innovar. En realidad, el catolicismo está obligado á ser inmutable; no existiría ya si fuera progresivo. Si, pues, se cumple en su seno una revolución, es en oposición con su principio; y desde este momento se ve obligada la Iglesia á ocultarla y tiene que representar el cambio como si no lo fuera. Basta decir que la Iglesia no podrá enarbolar jamás la bandera del progreso: es inmutable y debe permanecer inmutable. Por consecuencia, tiene necesariamente que producirse y que aumentar cada día la oposición que crea el tiempo entre una religión que se detiene y una sociedad que marcha, hasta que la división llegue á ser un divorcio. Este es nuestro estado.

¿Cuál es el principio que impide que el catolicismo se modifique al compás de la sociedad? La

revelación milagrosa de la verdad absoluta de que es órgano y depositaria la Iglesia. La verdad absoluta es una é inmutable, y la Iglesia tiene un interés de dominación en mantener con mano de hierro el dogma. La ambición de la Iglesia más que la misma revelación es la causa de su inmutabilidad. ¿Se quiere una prueba evidente? El protestantismo procede también de la revelación, admite también una palabra divina, inmutable por esencia; parece inmovilizarla por siempre en los libros sagrados; y, sin embargo, el protestantismo proclama hoy la perfectibilidad en el dominio de la religión. Lo cual se explica, porque en el seno de la Reforma la religión ha vuelto á ser lo que es por su esencia, un lazo del individuo con Dios; no hay un cuerpo omnipotente que se interponga entre el Creador y la criatura para imponer al fiel una ley en nombre de Dios; y desde este momento sigue la naturaleza su curso regular, progresivo. Esto es una inmensa ventaja que llevan las sociedades protestantes á las católicas. No hay en aquellas ese abismo entre las necesidades morales é intelectuales del hombre y la religión, porque es el individuo mismo quien hace su religión, y la hace naturalmente conforme á las necesidades de su razón y de su alma. En las sociedades católicas, por lo contrario, va ensanchándose el abismo hasta el punto de que no habrá bien pronto nada de común entre los hombres y el catolicismo, que tiene la pretensión de guiarlos por el camino de la salvación.

Mal y mal inmenso es éste, porque traba y compromete el desarrollo de la religión en los países católicos. Hay lucha entre la Iglesia y la sociedad: la Iglesia trata de mantener á toda costa el imperio que antes ejerció sobre los individuos y sobre los Estados; y como no lo puede lograr siguiendo las ideas y los sentimientos que se producen en el curso del tiempo, los vitupera y los reprueba, y hace lo imposible por retener ó por atraer á los hombres bajo el yugo de las viejas creencias. La ignorancia ha sido siempre el más sólido apoyo de una religión llena de supersticiones, y la Iglesia se hace, por consiguiente, enemiga mortal de las luces; se apodera, so pretexto de salvación, de las generaciones nacientes; les da un alimento que vicia el alma y la inteligencia, y en caso necesario inventa nuevas supersticiones para forjar nuevas cadenas con que aprisionar al

espíritu humano. El cálculo es bueno: consigue especular con la necedad humana; pero las victorias que obtiene la Iglesia son victorias que matan, porque el error no puede prevalecer sobre la verdad. Á pesar de sus triunfos y de sus fuegos artificiales, la sociedad se le escapa; y hay en esto un nuevo peligro, el mayor de los que pueden amenazar á la humanidad, porque al romper las cadenas de la Iglesia se encuentra sin religión.

La indiferencia primero, la incredulidad más absoluta después, son las fatales consecuencias de la inmutabilidad católica. Es imposible que los hombres permanezcan apegados á una religión que, lejos de dar satisfacción á las necesidades más imperiosas del alma, las contraria y las condena. En cuanto el hombre llega á tener conciencia de los lazos que le unen á Dios, rechaza el yugo de una Iglesia ignorante y supersticiosa; y como la Iglesia quiere recobrar la dominación que se le escapa, se convierte en rebelión la indiferencia. Desgraciadamente no queda la rebelión dentro de los límites legítimos del derecho; y, fuerza es confesarlo, eso es casi imposible para los católicos que desertan de la Iglesia. La religión no es para ellos más que la sumisión ciega á una autoridad que se llama divina, y cuando rompen las cadenas forjadas por la superstición y remachadas por la ambición, parecen esclavos que sacuden su yugo. Se les había esclavizado en nombre de la religión; y al hacerse libres, creen que la libertad consiste en no tener religión, en despreciarla. No conteniéndolos ya el lazo religioso, desaparece con frecuencia la moral al par que la fe, lo cual se debe también á un error del catolicismo. La Iglesia quiere tener el monopolio de la moral, como tiene el monopolio de la religión: según ella, no hay fuera de su seno moralidad, como no hay fe; cuando los hombres educados en esa confusión funesta abandonan la religión, corren el grave peligro de dejar también la moral. ¡Sondee el lector su conciencia, mire en torno suyo, y diga si este peligro es un vano temor!

El mal es real y grave. ¿Dónde está el remedio? La sociedad no puede vivir sin creencias religiosas; tiene necesidad de fe como de pan. Si la religión de lo pasado no le basta, necesita encontrar otra en las profundidades de su conciencia; y cuando hablamos de la sociedad, entendemos también los individuos. No es con decretos de ley ni

con golpes revolucionarios como las religiones se establecen; se preparan en la intimidad del alma bajo la inspiración de Dios: á los individuos, pues, es á quienes se dirige nuestro grito de alarma. El deber de todo hombre que se ha elevado á la conciencia de su misión en esta tierra es interrogarse sobre los grandes problemas de la vida: si la religión dominante no le ofrece una solución que le satisfaga, procure formarse convicciones que respondan á sus aspiraciones. La primera de todas debe ser conservarse fiel á la ley del deber moral, porque el hombre que destruye el imperio del deber se hace peor que un bruto, y no es para envilecerse para lo que se sacude el yugo de la Iglesia. No se tiene el derecho de desertar de ella sino á condición de hacerse más moral, más religioso que los que en ella quedan.

Pues que la inmutabilidad del dogma engendra la indiferencia y la incredulidad, preciso es que la religión se transforme si no ha de perecer y arrastrar á la sociedad en su ruina. ¿Es transformable el catolicismo? No tenemos que examinar esta cuestión por el momento, ni nos dirigimos á la Iglesia, sino á los que sienten la necesidad de creer y no hallan satisfacción en las creencias oficiales; mas parecemos que se daría un gran paso hacia la solución de la cuestión religiosa si se hiciera general la convicción de que la religión es progresiva como todas las manifestaciones del espíritu humano. Ahora bien, nada prueba tanto la necesidad del progreso religioso como el mostrar adónde ha conducido el dogma romano de la inmutabilidad de la fe, puesto que de él ha resultado una oposición completa entre la creencia oficial y las creencias verdaderas que ya existen en el seno de la humanidad. No es esta la ocasión de agotar este inmenso asunto; limitaremos, por consecuencia, nuestras observaciones á esta parte de la religión en que las modificaciones son más sensibles y más ciertas, á la concepción de la vida.

II

El Evangelio no contiene dogma bien preciso; lo que en él domina es un espiritualismo excesivo, el desprecio de la tierra, la aspiración á una nueva vida, á otro mundo. Hoy se niega esto, precisamente porque aquel espiritualismo desordenado está en contradicción con la vida real; pero es ne-

gar la evidencia, y negar la evidencia es comprometer la causa que se pretende defender. Mientras el cristianismo ha reinado sobre las almas, se ha confesado, ¿qué digo? se ha exagerado el espiritualismo evangélico. Oigamos la *Imitación de Jesucristo*, ese segundo Evangelio: "La suprema sabiduría es tender al reino del cielo por el desprecio del mundo. El que se conoce bien, se desprecia. La perfección consiste en profesarnos un sincero desprecio, en regocijarnos con ser despreciados de los demás... No tengáis nada vuestro, ni aun vuestra voluntad. Nada exceptúo (es Jesucristo quien habla) y exijo de vosotros una renuncia sin reserva... El fin de la vida es morir completamente en sí mismo; sólo á este precio se puede disfrutar de las cosas de Dios... ¿Cómo se han elevado algunos santos á tan alto grado de virtud? Por haberse esforzado en morir para todos los deseos de la tierra... Los más grandes de los santos evitaban, en cuanto les era posible, el comercio de los hombres y preferían vivir en secreto con Dios."

Cuando se oponen los testimonios del Evangelio á los defensores del catolicismo, salen éstos de la dificultad estableciendo la distinción entre los preceptos y los consejos. Las máximas sobre el desprecio del mundo, sobre la pobreza, sobre la virginidad, sobre la humildad, no conciernen sino á los que aspiran á la perfección, como son los monjes en la Iglesia católica; pero el común de los fieles no está, se dice, obligado á seguir estas reglas. Vano distingo que atestigua contra el Evangelio que se pretende defender. Acabamos de oír á un escritor místico: dejemos la edad media, é invoquemos los nombres más eminentes del siglo XVII. Bossuet, Nicole, Bourdaloue no eran espíritus especulativos; vivían en el mundo y predicaban, escribían para el mundo: ellos nos dirán si los preceptos del espiritualismo evangélico se dirigen sólo á los religiosos.

Bossuet no distingue á los hombres en monjes y laicos. No hay, dice, según la Escritura, sino dos clases de hombres: los unos componen el mundo y los otros la sociedad de los hijos de Dios; los unos siguen la carne, los otros son gobernados por el espíritu. "Los verdaderos hijos de Dios deben huir enteramente del comercio y de la alianza del mundo. Por eso el Salvador Jesús, hablando de sus discípulos, dice: *No son del mundo, como yo tampoco soy del mundo...* No es, pues, una obliga-

ción particular del religioso despreciar el mundo, sino que *la necesidad de separarse de él* es la más antigua, *la más general obligación de todos los hijos de Dios.* (1). ¿Por qué debemos despreciar el mundo, es decir, la vida? "Porque á causa de su orgullo mereció el hombre que Dios le arrojara del paraíso. Y desde aquel momento, raza maldita y desgraciada de un miserable proscrito, no tenemos ya que esperar salvación, si no aplacamos á Aquel á quien irritamos contra nosotros." Nuestra vida no debe ser más que una larga penitencia, y la penitencia, según la enérgica expresión de Bossuet, es *un sacrificio de todo hombre que, juzgándose digno del último suplicio, se destruye en cierto modo ante Dios* (2).

De ahí la espantosa concepción de la vida que se halla á cada página en los *Ensayos de Nicole*, el moralista favorito del siglo XVII: "El mundo entero es un lugar de suplicio donde no se descubre con los ojos de la fe sino los efectos terribles de la justicia de Dios; y si queremos representárnoslo por alguna imagen que se le acerque, figurémonos un vasto espacio lleno de todos los instrumentos de la crueldad de los hombres, y repleto por una parte de verdugos y por otra de un infinito número de criminales abandonados á su rabia. Figurémonos que los verdugos se arrojan sobre estos miserables y que hacen perecer todos los días un gran número de ellos en los más crueles suplicios; que sólo tienen orden de perdonar la vida de algunos, pero que estos mismos, no estando de ello seguros, tienen motivo para temer la muerte que ven sufrir á cada momento á los que les rodean, porque no ven en sí nada que de los otros desgraciados los distinga." El cuadro es realmente espantoso, y, sin embargo, Nicole no exagera ni dice siquiera toda la verdad: ese campo de carnicería, esos verdugos, esas víctimas no son una figura, son la realidad. Los verdugos son los demonios, las víctimas los hombres abandonados á sus pasiones: "La justicia de Dios los entrega á los demonios, que los dominan, que juegan con ellos, que los engañan, que los arrastran á mil desórdenes, que los afligen en este mundo con una infinidad de miserias, y que,

(1) BOSSUET, *Panegyrique de Saint Sulpice* (Œuvres, t. VII, página 132, ed. de Besançon).

(2) BOSSUET, *Panegyrique de Saint François de Paule*, t. VII, páginas 243, 249.

en fin los precipitan al abismo para atormentarlos eternamente." (1).

Si tal es el mundo y los cristianos no pueden negar que así es, se concibe que el primer deber, el más ardiente deseo de los verdaderos discípulos del Cristo sea huir de él. Es lo que nos dice Bossuet: "Nada es el mundo entero; todo lo que se mide por el tiempo va á acabar... ¿Se pierde acaso un apoyo cuando se tira una caña cascada que, lejos de sostenernos, nos heriría las manos si pretendiéramos apoyarnos en ella? ¿Se necesita acaso mucho valor para huir de una casa que amenaza ruina y que nos sepultaría en sus escombros?... Este mundo no es sólo frágil y miserable, es, además, incompatible con los verdaderos bienes; es el reino de Satanás, y las tinieblas del pecado cubren esta región de muerte." Pero ¿qué? se pregunta Bossuet, ¿será necesario que todos los cristianos huyan del mundo? Oigamos su respuesta, y tiemblen los que se llaman cristianos: "¿Qué habéis prometido en vuestro bautismo para entrar, no en la perfección de una orden religiosa, sino en el simple cristianismo y en la esperanza de la salvación? Habéis renunciado á Satanás y á sus pompas, y notad cuáles son estas pompas: Satanás no hace distinción entre las del siglo... No sería más que una comedia y una irrisión sacrilega esa promesa tan solemne que os ha introducido en la sociedad de los fieles. La renuncia al mundo es, pues, esencial para la salvación de todo cristiano... De aquí que al abrir los libros de los Santos Padres no se encuentre por todas partes, hasta en los sermones dirigidos á todo el pueblo sin distinción, más que exhortaciones apremiantes para llevar á los cristianos en masa á las soledades. Así hace expresamente San Basilio un sermón para invitar á todos los cristianos á la vida solitaria. San Gregorio de Nazianzo, San Crisóstomo, San Jerónimo, San Ambrosio hicieron resonar en Oriente y en Occidente las alabanzas del desierto y del alejamiento del siglo." Mirando á su tiempo, exclamaba Bossuet: *Se ha olvidado que ser cristiano y no ser de este mundo es esencialmente lo mismo* (2).

Nicole y Bourdaloue, aunque pertenecían á escuelas hostiles, empleaban idéntico lenguaje. El mo-

(1) NICOLE, *Essais de morale*, t. I, p. 153-155.

(2) BOSSUET, *Sermon sur les obligations de l'état religieux* (Œuvres, t. VI, p. 526-531).

ralista de Port-Royal dice que el hombre ha sido creado para vivir en una soledad eterna con Dios solo (1); y el predicador jesuita afirma que el carácter del cristiano es la separación del mundo, y de aquí deduce esta lógica consecuencia, que *no se halla el verdadero cristiano sino en el estado religioso* (2). Así el ideal de la vida cristiana es el monaquismo. ¡Hé ahí adónde conduce la perfección evangélica! No tenemos que detenernos á demostrar la falsedad de este ideal; ya lo hemos hecho en otra parte (3). Pero si preguntáremos si es ese todavía el ideal del siglo XIX. Y cuando hablamos del siglo XIX, no nos referimos á los incrédulos, sino á los creyentes, á los mismos defensores del catolicismo. Son bastante ciegos para preconizar todavía los conventos; pero no se atreven ya á decir con Bourdaloue que no se halla el verdadero cristiano sino en los monasterios; y sin embargo la doctrina de Bourdaloue es la de todos los Padres de la Iglesia, como lo hace observar Bossuet. Existe, pues, una oposición radical entre el antiguo cristianismo y la sociedad cristiana de nuestros días, y la oposición toca á la ley de vida, á la salvación eterna. Si los verdaderos cristianos, ó los que pasan por tales, no creen ya que deben huir al desierto para hacer su salvación, ¿qué se ha hecho del espiritualismo evangélico que conduce derechamente al desierto? La religión predica que los verdaderos cristianos deben entrar en una celda ó en la soledad; ¡y los que se creen verdaderos cristianos se quedan en el mundo! Convengamos en que la situación es, por lo menos, singular. La religión es un ideal, y la sociedad otro ideal contrario; ¡y la religión pretende, sin embargo, guiar á la sociedad por el camino de la salvación! ¡Qué caos de contradicciones! ¿Cómo se quiere que haga la religión la salvación de las almas, cuando dice á los hombres que deben huir del mundo para salvarse, y los hombres se obstinan en permanecer en el mundo, convencidos, como están, de que este es su destino?

Los defensores de la Iglesia responden que ésta jamás ha sostenido que no puede hacer el hombre su salvación en el mundo. Sea. Pero veamos en qué condiciones. ¿Es acaso el ideal de la religión para

(1) NICOLE *Essais de morale*, t. V, p. 358.

(2) BOURDALOUE, *Sermons*, t. IV, p. 51; *Panegyriques*, t. II, página 183.

(3) Véase el *Estudio sobre el cristianismo*.

la vida del mundo el de los cristianos que viven en él? El matrimonio es el vínculo y el fundamento de la sociedad. ¿Qué piensa respecto de él la religión oficial y qué la humanidad? San Pablo tolera el matrimonio como un remedio contra la concupiscencia; y por más que la Iglesia ha hecho de él un sacramento, considera el matrimonio como un estado inferior que nos asimila casi á los brutos; el ideal para el cristianismo tradicional no es el matrimonio, sino el celibato: "El celibato, dice Bossuet, se representa como una imitación de la vida de los ángeles, únicamente ocupada en Dios." (1). ¿Es esa todavía la creencia de los cristianos? No; han rechazado el ideal de San Pablo para obedecer á la voz de la naturaleza, que es la de Dios, y esa voz les dice que la unión del hombre y de la mujer es una ley del destino humano. Admirémos una vez más la notable armonía que existe entre la religión y la sociedad. La religión dice á los hombres: *permaneced célibes, y seréis ángeles*; la sociedad les dice: *casaos para perfeccionaros completándoos*. ¡Y pretende esa religión dirigir la vida!

La Iglesia acepta el matrimonio, ó, para decir verdad, lo sufre; pero no insistamos más en ello. ¿Qué piensa la doctrina cristiana de los lazos de la familia? El Evangelio nos dice que el Cristo no hacía gran caso de ella, y nada más natural bajo el punto de vista del espiritualismo excesivo que lo inspiraba. ¿Qué pueden ser los vínculos nacidos de la carne? Hé aquí un comentario digno del texto; el abate de Saint-Cyran, uno de los espíritus más cristianos del siglo XVII, es quien habla: "Todas las órdenes y los deberes del mundo comienzan á perderse desde esta vida en el espíritu de los que no aman sino á Dios; porque la fe que los guía en todo lo que hacen les enseña que todos serán destruidos en el cielo cuando llegue á su colmo, á su mediodía, la luz del amor que profesan á Dios." (2). ¿Son esos también los sentimientos de la sociedad moderna? ¿Tratan los hombres de desligarse desde esta tierra de los seres que les son queridos en el mundo, y dicen acaso cuando los pierden que sólo se ha roto un vínculo carnal? Las aspiraciones de la sociedad son totalmente diferentes. El dogma cristiano absorbe todos los afectos del hombre en un vago y estéril amor de Dios; los hombres, por

(1) BOSSUET, *Histoire universelle*.

(2) Œuvres de SAINT-CYRAN, t. II, p. 203.

lo contrario, creen que amar á sus semejantes es amar á Dios, y que no hay más que esta manera de amarlo. Lejos de ver en la muerte una ruptura de los lazos que ha engendrado el amor, esperan que subsistan para reanudarse en otra vida. La antinomia entre los sentimientos de la religión y los de la sociedad es absoluta. ¡Y esa religión pretende guiar todavía á la sociedad en el cumplimiento de su destino!

¿Qué es, pues, nuestra vida? Los cristianos la comparan con un viaje; y ¿cómo entienden ese viaje? Oigamos otra vez al abate de Saint-Cyran: "El viajero no se aficiona ni á la belleza de las campiñas, ni á la de los castillos y las casas, ni á las compañías... Lo que atrae su corazón es el lugar adonde va y el país de donde ha partido y adonde vuelve para establecer su morada... Esa es la imagen del hombre de bien que no tiende sino al cielo, y no se aficiona á nada de lo que hay sobre la tierra, por bello que le parezca, mientras vive en un cuerpo mortal, que deshaciéndose en un momento le hace caminar más rápidamente hacia el cielo, donde está su corazón y su tesoro, que los que viajan en navío sobre el espacioso mar," (1). Si fuera permitido tratar en broma una materia tan grave, diríamos que, á despecho de la inmutabilidad católica, todo cambia, hasta la manera de viajar: en el siglo XIX no se viaja ya como lo dice Saint Cyran; gusta la belleza de las campiñas y complace la compañía. Si nuestra mansión en este mundo es un viaje, ha cambiado también completamente. Los cristianos más severos no miran ya el mundo "como un lugar habitado por los demonios y maldecido por Dios," dicen en verdad "que no tienen otra pasión que volver al cielo," pero entre tanto que llega este feliz momento, se acomodan bastante bien "en el infierno," donde están, y la mayor parte no se preocupan de acelerar su viaje; y si toman el camino de hierro, no es para llegar más pronto al cielo. Pues que la idea de nuestro viaje terrestre ha cambiado hasta este punto, ¿cómo ha de servirnos de guía la Iglesia? El viajero que-rrá detenerse para admirar la bella naturaleza, y la Iglesia gritará que los valles y las selvas, las montañas y las rocas son la morada de los demonios, y que la tierra tan riente es un infierno. ¿Qué harían los viajeros con semejantes conductores? Los

mandarían á los diablos, enviándolos á hacer compañía á esos queridos demonios de que pueblan el mundo.

En nuestros días se viaja mucho para fortificar ó restablecer la salud. ¿Qué piensa de esto el dogma cristiano? La mera pregunta revela que estamos fuera del cristianismo histórico. ¡La salud! ¡Quita allá! ¿Puede un cristiano cuidarse tanto de esta masa de barro que se llama cuerpo que se inquiete de cómo le va? Sin embargo, hay muchos fieles, y hasta ungidos del Señor, que tienen de estas preocupaciones: ¡tiemblan al oír proclamar á San Bernardo y repetir á Pascal que la enfermedad es el estado natural del cristiano! (4). El que tiene salud se halla, pues, en estado contra naturaleza; es necesario que la destruya con las mortificaciones, con el ayuno, con la vigilia; la vigilia, sobre todo, dice Saint-Cyran, es un medio excelente de abreviar la vida, porque nada mantiene mejor el vigor del cuerpo que un sueño no interrumpido. Diréis que esos son excesos de monjes ó de espíritus enfermos; pero Saint-Cyran os responderá, citando á San Agustín, el gran doctor de la Iglesia de Occidente: ¿qué importa que un hombre muera un poco antes? (2). Bossuet aprueba este lento suicidio: "No extraño, dice, que un San Bernardo temiera en sus religiosos la salud perfecta; sabía adónde nos lleva, si no se sabe con el apóstol castigar el cuerpo y reducirlo por las mortificaciones á la esclavitud," (3). ¿Tienen acaso los cristianos del siglo XIX, y nos referimos á los más santos, el mismo desprecio del cuerpo y de sus necesidades? ¿Temen su salud? ¿Opinan acaso que no importa que muera un hombre un poco antes? ¿Qué se ha hecho de las mortificaciones de la carne, aun en los lugares en que se pretende practicar la perfección evangélica? Siempre y en todas partes se halla hoy la misma oposición entre el dogma y la sociedad cristiana.

Otra base de la sociedad moderna es la propiedad. ¿Qué nos enseña el Evangelio? ¿Qué nos enseña la economía política? Jesucristo dice á los que quieren ser perfectos que vendan sus bienes y los distribuyan entre los pobres; los que antes aspiraban á la perfección evangélica rechazaban la propiedad como un vicio; admitían, á lo sumo, la

(1) Véase el *Estudio sobre la Reforma*.
(2) SAINT-CYRAN, t. III, p. 732; t. II, p. 138.
(3) BOSSUET, *Traité de la concupiscence*, c. v.

propiedad común; los más perfectos entre los perfectos sostenían que la pobreza absoluta, la mendicidad, es el ideal del cristiano; y papas hubo que consagraron este absurdo con su autoridad infalible. ¿Sigue siendo la pobreza el ideal de los cristianos en el siglo XIX? Tan lejos están de comprenderlo así, que se atreven á proclamar que nunca podría tener Jesucristo sobradas riquezas, y Jesucristo es la Iglesia, y la Iglesia es los ungidos del Señor. ¿Qué dirían un San Francisco y un Santo Domingo al oír semejante blasfemia? En vano dicen nuestros cristianos que las riquezas son un bien, no por sí mismas, sino porque se puede y debe hacer de ellas un instrumento de bien; no advierten que hablan el lenguaje de la filosofía y no el del Evangelio. Los santos que han predicado y practicado la pobreza les preguntarán: ¿qué se hace entonces de los consejos evangélicos? ¿No es una locura ponerse en contradicción con las enseñanzas del Cristo? (1). Y no vemos qué se les pueda responder bajo el punto de vista del espiritualismo cristiano. No ya oposición, sino un abismo existe entre el cristianismo y la economía política: ésta nos enseña que es preciso aumentar la riqueza, y aquél nos advierte que "trabajar por acrecentar sus bienes, aunque sea por previsión, es una inspiración del demonio," (2). ¡Hé ahí la armonía de la religión y de la sociedad!

La sociedad moderna es esencialmente industrial y mercantil. ¿Qué piensa la teología cristiana del comercio y de la industria? Si se la hubiera de seguir al pie de la letra, sería imposible el más simple acto de comercio, porque no puede hacerse sin pecado. Ya hemos expuesto en otra parte la repugnancia que los Padres de la Iglesia profesan al comercio, y nada hay más cristiano. ¿Puede haber comercio ó industria sin el deseo de enriquecerse? Pues ese deseo es una inspiración del demonio. Así, las condiciones que los teólogos exigen para que el comercio sea lícito son tan rigorosas, que equivalen á una prohibición de todo tráfico. No debe desde luego hacerse con espíritu de lucro, sino únicamente para procurarse á sí propio y á los suyos las cosas necesarias á la vida; y si el producto excede de las necesidades, hay que emplear-

lo en obras de beneficencia (1). ¿Es esa la intención de los cristianos que se dedican al comercio? ¿Han renunciado todo interés personal? ¿Distribuyen sus beneficios á los pobres? Al hacer estas extrañas preguntas no pretendemos censurar á nuestros industriales y comerciantes; condenamos la doctrina que tiene la pretensión de dirigir á los hombres por el camino de la salvación, y les impone una ley de todo punto impracticable.

Diráse que vamos á buscar nuestras autoridades en la noche de la edad media; que la Iglesia no ha reprobado jamás ni el comercio ni la industria, y aun hay quien va más allá, negando que el sentido del Evangelio sea el del espiritualismo que venimos consignando. ¡Y son protestantes los que tal sostienen! Que oigan á Lutero exagerando todavía el rigor de los teólogos católicos: no permite á los comerciantes que vendan sus mercancías tan caras como quisieran, porque esto es contrario á la caridad cristiana. ¿Qué dirán los economistas, aun los economistas cristianos? Lutero quiere que el comerciante atienda más la ventaja del prójimo que la suya. ¿Es esa la máxima que se sigue en las ferias de Leipzig y Francfort? No era á lo menos la práctica de los contemporáneos del reformador, porque, después de haber examinado las diversas operaciones del comercio, todas las cuales reprueba, exclama que los mercaderes son los mayores bandidos (2).

Los católicos tienen una manera muy cómoda de discutir: lo niegan todo con una increíble audacia. Uno de esos batalladores que ponen su impúdico lenguaje al servicio de la religión no ha temido sostener que jamás había sido prohibido el préstamo á interés por la Iglesia (3). La cuestión es de una gran importancia; se nos permitirá insistir en ella, porque la oposición entre el dogma y las exigencias de la vida real resaltan á cada paso. Nuestra tarea es bien fácil. Á malas argucias opondremos los hechos tales como han sido consignados por Bossuet (4). En la antigua ley, la usura estaba prohibida de hermano á hermano, es decir, de Israelita á Israelita; ¿y qué se entendía por usura? *Todo provecho que se exigía ó se estipulaba á más de lo prestado.* ¿Por qué prohibía la ley

(1) S. BONAVENTURA, *Apologia pauperum* (t. VII, p. 412).
(2) Son las palabras del papa GREGORIO MAGNO (*Moral*, xxxii, 41, t. I, p. 1067).

(1) ALEX. DE HALES, *Summa theologia* (*Op.*, t. III, p. 350).
(2) LUTHER, *Bedenken von Kaufhandlung*.
(3) VREULLOT, *Mélanges*, t. V, p. 359.
(4) BOSSUET, *Traité de l'usure* (*Œuvres*, t. XIII, p. 728).